

rarse las puertas de la ciudad. Sabido es que en las regiones cálidas y serenas en que no son frecuentes las lluvias ni las nevadas considerables, las casas terminan en una plataforma ó terrado que sirve de lugar de recreo ó de utilidad. Aun en el día, podrá observar el viajero en la moderna Jericó, defendida solo por ásperos zarzales, cómo se solazan las mujeres y los niños, y limpian su grano en el terrado, que suele ser lo mejor y lo mas cómodo de su habitación, y el lugar en donde pasan así la noche como el día.

Los soldados del rey siguieron el simulado consejo de Rahab de correr en seguimiento de los extranjeros; corrieron en efecto á su alcance por el camino que conduce al vado del Jordan, y tras ellos se cerraron las puertas de la ciudad. Preciso es confesar que Rahab no usó el lenguaje de la verdad en este lance, y no se portó con patriotismo. Nada puede justificarla enteramente de lo primero; pero Dios pudo perdonárselo por la fé que manifestó tener en el Dios de los hebreos, cuyos asombrosos prodigios tenia consternada aquella comarca, y por el deseo que la animaba de salvar la vida de los dos enviados, exponiendo la suya propia. En cuanto al amor á la patria, los intereses de Dios son superiores á todos los demas intereses. Rahab, inspirada por el Señor, que destinaba aquella region para su pueblo, debió adorar sus insondables decretos, y procurar la evasión y salvamento de aquellos exploradores, que debian salvarla despues á ella y á toda su familia de la catástrofe general. «Yo sé que el Señor, les dijo ella, os ha entregado el dominio de esta tierra, porque el terror y la consternación se ha apoderado de todos los moradores de este país. Sabemos que el Mar Rojo abrió sus aguas en vuestra salida de Egipto, y la mortandad que causásteis á los príncipes de Sehon y Og. Nuestro corazon ha desmayado; hemos quedado sin aliento, porque el Señor Dios vuestro es el mismo Dios que reina en las alturas de los cielos y acá abajo en la tierra. Juradme, pues, en su nombre portaros con la casa de mi padre con la misma compasión de que yo he usado con vosotros, dadme una señal segura con que salvar á mis padres y hermanos y todos sus bienes, librando nuestras

vidas.» Verificábase ya el cumplimiento de las palabras de Moisés, el cual habia prometido á los hijos de Israel que Jehová haría precederles el espanto, y entregaria á sus armas victoriosas el enemigo helado por un terror inexplicable.

Los dos enviados se empeñaron en lo que se les exijia, y juraron por su vida que no se haria el menor daño á Rahab ni á los suyos, con tal que ella permaneciese fiel á su juramento. Entónces ella los descolgó con una cuerda desde su ventana, que daba al muro, diciéndoles: «Marchaos hácia el monte, no sea que á la vuelta déni con vosotros vuestros perseguidores, y estad allí escondidos por tres días, hasta que éstos hayan vuelto, y seguid despues vuestro camino.»

Agradecidos los dos hebreos á este consejo, ratificaron en la promesa de su proteccion. «Cumpliremos fielmente con el juramento que nos has exijido, si al entrar aquí estuviere por contra-seña la cinta purpurada atada á la ventana por donde nos has descolgado y hubiereis cuidado de reunir en tu casa, á tus padres, hermanos y parientes. Si alguno de éstos se hallare fuera de tu casa, á él, no á nosotros, deberás imputar su muerte; pero de los que contigo tuvieres, te salimos responsables de su vida con nuestra cabeza. Mas si nos hicieres traición ó divulgares nuestro convenio, entónces ya no quedarémos obligados al juramento que nos has exijido.» No podian ser mas terminantes y precisas las mútuas convenciones. Rahab, pues, hizo bajar á sus huéspedes al pié de las murallas de Jericó, los cuales fueron á refugiarse á las montañas vecinas, aguardando los tres días para que los emisarios estuviesen ya de regreso en la ciudad, cansados ya de pesquisas inútiles. Espirado este término, regresaron ellos al campo de los hebreos, dando cuenta á Josué de su expedición, añadiéndole estas palabras: «El Señor ha puesto todo este país en nuestras manos, y todos sus habitantes están temblando al terror de nuestro nombre.»

Josué entretanto tenia hechos todos los preparativos de la invasión. Las tribus de Ruben y de Gad y la media tribu de

Manasés, habían obtenido de Moisés los países de Jaser y de Galaad, habitados ántes por los amorreos, á lo largo de la ribera oriental del Jordan, pero á condicion de ayudar á sus hermanos en los trabajos de la conquista, y hasta de marchar los primeros al enemigo. Fueron, pues, invitados á dejar sus familias y sus rebaños bajo una numerosa guardia, y á engrosar con sus mas valientes soldados el ejército espedicionario. Debían soportar todos los peligros reservados á las demas tribus, y no sentarse en la paz del hogar doméstico hasta despues de sometido el país, y hecha la definitiva reparticion de las tierras. Respondieron todos á una voz: «Harémos todo cuanto nos has prescrito, é irémos á donde tú nos envíes. Así como en todo obedecemos á Moisés, tambien te obedecerémos, con tal que Dios esté contigo como estuvo con Moisés. ¡Muera el que te resista, ó quiera oponerse á tus mandatos! Ten firmeza y obra con un valor varonil.» Animadas se hallaban las tropas, y la union doblaba sus fuerzas al sentir que se acercaba la hora solemne y suprema de la marcha, ántes de la cual Josué dijo al pueblo: «Venid y escuchad la palabra de Jehová, vuestro Dios. A esta señal conoceréis que Jehová, el Dios viviente está con vosotros, y que exterminará á vuestros ojos los cananeos vuestros enemigos: á vuestra frente pasará el Jordan el Arca de la alianza del Señor del universo. Cuando los sacerdotes que lleven el Arca tocarán con el pié las aguas del rio, las aguas inferiores correrán dejando el lecho enjuto, y las que vendrán de arriba se detendrán como una masa sólida.» Los heraldos habian trasmitido las órdenes del gefe á las tribus para prescribir á cada cual su lugar, y anunciarles que se preparasen, como aquel habia ordenado para la ceremonia del paso del rio, á fin de que ya el dia de tan grande acontecimiento fuese acompañado de toda la solemnidad y magnificencia posibles.

Empieza, pues, á desfilar la muchedumbre. Abren la marcha los levitas, encargados de llevar sobre sus hombros el Arca santa, con largos vestidos de lino, caminando á su frente el santo pontífice Eléazar. Coros de muchachos y doncellas cantan himnos

sagrados alrededor del Arca. Innumerable multitud de guerreros formados en largas columnas á una y otra parte del Santo de los Santos, ocupan un espacio de cuatro mil codos; y en este órden admirable llega el pueblo de Israel á las orillas del Jordan.

Era la primavera en el primer mes del año hebreo. El rio se habia engrosado considerablemente por las lluvias propias de la estacion, y por los torrentes de nieve deshelada que descendian de las montañas. Pero léjos de asustarse los levitas por la rapidez y abundancia de las aguas se adelantaron sin temor con la preciosa carga que llevaban, y pusieron y afirmaron su planta sobre las ondas. Al momento todas las que descendian, se detuvieron y acumularon, remontándose de muchas leguas hácia su origen, y formando un monte elevado que se divisaba desde la ciudad de Adom, y las inferiores, siguiendo su natural declive, dejaron un largo espacio vacío, corriendo hácia el lago Asphaltite. El Arca hizo alto en medio del rio, libre de las ondas, para dar á la multitud el tiempo necesario de atravesarlo. En efecto, la multitud, sin el menor obstáculo, pasa de una á otra ribera del Jordan: el mismo brazo que le tenia detenido en su curso natural, tenia tambien como inaccionado el valor de los pueblos indígenas, desconcertando toda resistencia. Todo esto se verificaba á la vista de Jericó: delante de los hijos de Moab, de Ammon y de Cam, sin que nadie se atreviese á perturbar aquella marcha sagrada. ¡Qué espectáculo! Los israelitas, rodeados de naciones belicosas y rivales, que los contemplaban llenos de pavor, obraban con la misma seguridad que si se ocupasen en los preparativos de un triunfo ó en una fiesta religiosa! ¡El furor de las aguas y el furor de los espíritus estaban detenidos por una misma mano, mientras el pueblo de Dios entraba en los confines de su futura patria, donde debian consumarse las grandes escenas de misericordia y de amor para la generacion del mundo!

Josué habia recibido la órden de trasmitir á la posteridad la memoria de aquel hecho portentoso, por medio de un monumento sencillo pero significativo: debia formar en la llanura un grupo

de doce piedras, sacadas del lecho del Jordan. Israel no debía pasar adelante, sin erijir un monumento en señal de gratitud al prodigio que Dios acababa de obrar en su favor. Escogió, pues, doce hombres, uno de cada tribu, y mientras el Arca permanecía fija en medio del río, les mandó traer á cada uno una enorme piedra para hacer de ellas un monton, destinado á recordar tan memorable dia á las generaciones futuras. Y cuando todo el ejército hubo terminado su maravillosa travesía ante la corriente detenida y tímida sobre sus cabezas, retiráronse los sacerdotes, llevando sobre sus hombros el Arca preservadora. Al momento en que éstos tocaron la ribera occidental, las aguas libres ya del poder que las contenia, obedecieron á su peso natural, y desplomándose con estrépito, volvieron á tomar su curso ordinario.

Entre el río y Jericó extiéndase una llanura de cerca de dos leguas, la cual se eleva desde el Jordan por grados muy perceptibles, que separan los campos unidos el uno del otro. En el dia este terreno está cubierto de una triste aridez, como un blanquisco arenal, cuya superficie parece impregnada de las sales que derraman por aquellos contornos las evaporaciones del Mar Muerto. Avanzaron los hebreos hasta media legua de Jericó, sobre las alturas que dominan la ciudad, en el lugar mismo en donde fué despues edificado un pueblo llamado Galgala. Josué mandó reunir en aquel punto las piedras monumentales que se habian extraido del Jordan, y dijo al pueblo: «Cuando algun dia preguntaren vuestros hijos á sus padres: ¿Qué significan estas piedras? Los instruiréis y diréis, que á pié enjuto pasó Israel ese Jordan, secando vuestro Señor Dios sus aguas á vuestra vista, hasta que habísteis pasado; á la manera que primero lo habia hecho en el Mar Rojo, al cual secó hasta que nosotros pasamos: para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la diestra omnipotente del Señor, y vosotros temais en todo tiempo al Señor vuestro Dios.» Y en efecto, al recuerdo inmortal de esta maravilla, preguntaba el gran poeta de la nacion hebrea á las ondas del Jordan y del Mar Rojo, si habian visto la faz ó sentido la mano de Jeho-

vá, cuando el espanto les hacia retroceder su camino, y si el Dios de Israel habia lo bastante distinguido su causa de los vanos ídolos, suspendiendo el curso de la naturaleza con estos rasgos inimitables de su supremo poder.

Quando Israël, ya libre
Salió de Egipto, y de Jacob la casa,
De aquel pueblo tirano
Que tanto le oprimió con dura mano,
Quiso el Arbitro Sumo
Que el pueblo de Judá se consagrara
A servirle rendido,
Reinando él solo en su Israël querido.
Vióle el mar en sus playas
Y huyó al momento. Vióle en sus orillas
El Jordan, y obediente
Atrás volvió la tímida corriente.
A vista de este pueblo
De júbilo saltaron las montañas
Al modo de carneros,
Brincaron los collados cual corderos.
Dinos, mar, ¿por qué huiste
Tus espumantes ondas retirando,
Y tú, Jordan henchido,
Por qué retrocediste estremecido?
Y vosotros, oh montes
Y collados, decidnos,
¿Por qué con tal porfia
Cual corderos saltásteis de alegría?
Al frente de su pueblo
El Dios potente de Jacob marchaba,
Y su faz encendida
Estremeció la tierra conmovida.
El árido peñasco

Abriendo, el seco y cavernoso seno

Manó á tu voz divina

Puro raudal de fuente cristalina.

No, Señor, á nosotros,

Que somos ante tí cual leve arista,

No, nosotros, no al hombre,

Sino gloria, oh mi Dios, sea á tu nombre.

Hazlo para que brillen

Tu verdad y clemencia juntamente,

Y á los pueblos acalla

Si dijeren: ¿Su Dios en dónde se halla?

Nuestro Dios en el cielo

Tiene su trono, y á su voz potente

De los senos profundos

Del oscuro no ser sacó los mundos.

Los viles simulacros

Del iluso gentil son metal mudo,

Vanos como sus nombres,

Y hechuras de las manos de los hombres.

Tienen bocas y no hablan,

Tienen ojos sin ver, ni oye su oído,

Con manos, piés y boca

Insensibles están como una roca.

Los que númenes tales

Con sacrílega mano fabricaron

Y en ellos confiaron,

Estúpidos cual ellos se mostraron.

No así vana confía

La casa de Israel, que en Dios espera,

Y en su potente diestra,

Y Dios su auxilio y protector se muestra.

El paso del Jordan verificado de un modo tan inaudito, tuvo dos grandes resultados á cual mas importante: fijó sobre Josué

la entera confianza de los hebreos, que veían revivir en manos de su nuevo gefe los prodigios cumplidos en otro tiempo por su libertador Moisés, y además esparció lo irresolucion y el terror en medio de aquellos pueblos indígenas que no se sentían ya con fuerza de sostener una causa por la cual combatía el cielo. Por esta doble razon se hizo rápida y fácil la conquista, cuando hubiera podido costar muy cara á los invasores, y tenerlos por largo tiempo detenidos. Pues los cananeos estaban muy ejercitados en la guerra, defendían sus dioses y sus hogares, habitaban ciudades fortificadas, superaban en número á sus enemigos, los cuales de otra parte llevaban tras de sí viejos, mujeres, niños y rebaños, y que sin duda no hubiera tan fácilmente vencido una liga formada de repente entre las pequeñas monarquías de aquel país. Pero no puede negarse que Josué tenía en la especial proteccion de Dios un poderoso elemento de victoria que faltaba á los cananeos.

Los israelitas hicieron alto en Galgala por algun tiempo. Cierta dia, hallándose Josué en el campo, advirtió de repente delante de sí un varon que estaba en pié y con la espada en la mano. Y encaminándose á él le dijo: «¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?»—«No soy lo que piensas, respondió el interlocutor, sino soy el príncipe del ejército de Jehová, que vengo aquí á tu socorro.» Postróse Josué en tierra, y adorando á Dios, dijo: «Qué es lo que ordena mi Señor á tu siervo?»—«Quítate, le dijo, el calzado de tus piés, pues el lugar que pisas es santo.» Obedeció Josué, lleno de respeto. Y prosiguiendo la vision, mientras Jericó estaba cerrada y bien pertrechada por temor de los hijos de Israel, dijo el Señor á Josué: «Atiende, yo he puesto en tus manos á Jericó, á su rey y á todos sus valientes. Que todo tu ejército dé la vuelta á la ciudad al son de trompetas, una vez al dia, durante seis dias consecutivos; en el dia sétimo, daréis siete veces la vuelta á la ciudad, tocando tambien las trompetas los sacerdotes que precederán el Area de la alianza. Y cuando la voz de los instrumentos habrá sonado mas ruidosa á vuestros oídos, entón-

ces toda la muchedumbre arrojará un clamor fuerte y general; las murallas de la ciudad caerán por sí mismas hasta los cimientos, y cada cual entrará por la brecha que tuviere delante de sí." Cuando la Providencia en el mundo asocia á sus proyectos la acción del hombre, no le deja ver de ordinario sino una parte de sus proyectos, ocultándole el reverso de la medalla: y solo en circunstancias muy raras deja lucir á sus ojos la antorcha de su sabiduría, haciendo que penetren algunos de sus rayos en ciertas almas privilegiadas á quienes, encarga inaugurar los grandes acontecimientos, ó preparar los caminos del porvenir.

Josué trasmitió á los sacerdotes y á los soldados las órdenes que acababa de recibir. La marcha del pueblo alrededor de Jericó debía ser constantemente silenciosa hasta la última hora en que todos los lábios debían dar el grito de triunfo. Y añadióles el caudillo: «Que la ciudad sea anatema, y todo cuanto encierra consagrado al Señor. Solo Rahab, la mujer pública, sea salva, con todos los que se hallen en su casa, por cuanto ella ocultó á los exploradores que enviamos. Guardaos, empero, vosotros de retener cosa alguna, por pequeña que sea, de la ciudad maldita, contrayendo á las órdenes dadas, para no hacer os reos de prevaricación, y no envolver en la turbación y en la culpa á todo el campamento de Israel. Mas todo cuanto se hallare de oro y plata y de utensilios de cobre y hierro, será consagrado á Jehová, y guardado en sus tesoros." Era el anatema una excomunión que se aplicaba según los diversos grados de rigor, y que podía fulminarse, así contra los individuos, como contra las ciudades y naciones enteras. Penas análogas ó tal vez idénticas á este anatema de los hebreos han existido siempre en el mundo, y no es posible hacerlas desaparecer jamás. Así las legislaciones modernas decretan la muerte natural y la muerte civil, la interdicción y el secuestro contra las personas, anatema judicial, que tiene su origen en la voluntad de Dios, fuente eterna de toda justicia, y no en la voluntad del hombre, como ha querido suponerse; derecho inherente á toda sociedad bien constituida, en la cual el cas-

tigo es una expiación, y la impunidad sería una injusticia. Solo las sociedades ateas pueden ver en el derecho de castigar, la tiranía del hombre sobre el hombre. Para infligir penas no basta la voluntad ni la conveniencia del hombre; esta razón caducaría por su base; preciso es reconocer la voluntad de un Ordenador y Legislador supremo. El derecho de la guerra, por otra parte, ha suavizado pero no suprimido las venganzas que arman la espada de un caudillo afortunado contra los impíos vencidos. Bajo cualquiera forma que quiera dársele, se hallará el anatema donde quiera haya una libertad que se desvía y un derecho que tiene fé en sí mismo; el código penal es tan eterno como la justicia de Dios.

Emprendióse el sitio de Jericó, pero según el plan que había trazado á Josué el misterioso guerrero. Duró siete días: por la mañana empezaban las operaciones: iban al frente los guerreros: seguía el Arca llevada por los sacerdotes, mientras otros sacerdotes tocaban la trompeta, y seguía por fin la multitud con orden y en silencio. Dada la vuelta á la ciudad, volvía al campamento. Esta nueva estrategia debió parecer muy inofensiva á los sitiados. Sin embargo, el séptimo día se multiplicaron las operaciones, hízose percibir el fuerte y prolongado sonido de las trompetas, levantóse del seno del ejército un clamor formidable, y los muros cayeron desplomándose por sí mismos. Subieron los hebreos al asalto, cada cual por la brecha que delante de sí tenía, y de este modo el soplo de Dios derribó todas aquellas piedras en que la orgullosa Jericó fundaba toda su esperanza; para que conociesen todos los siglos que la verdadera fuerza de los pueblos no consiste en las murallas y torres de que están erizadas las ciudades, ni en el hierro que arma los brazos, sino en la fé que llene y agita los espíritus; y que no hay acero enrojecido en el fuego de Damasco que no se doble y haga pedazos delante de una idea.

Dueños ya de Jericó los hebreos, la trataron con un extremado rigor. No solo los hombres aptos para las armas, sino los viejos,